



Capítulo 158 - Considere esto una lección

[Dos horas antes]

El tenue resplandor de una lámpara de araña de cristal iluminaba el salón privado de la mansión de Sapphire, proyectando sombras danzantes sobre las paredes adornadas con intrincados detalles. Sapphire estaba reclinada en un diván rojo de terciopelo, con sus ojos esmeralda brillando mientras observaba a Viviane, quien permanecía de pie con su habitual postura impecable.

—Entonces, Viviane —comenzó Zafiro con un tono cargado de autoridad—, ¿hay alguna bruja en el mundo humano realmente capaz? Necesito a alguien que pueda borrar la existencia de Vergil. Toda la información sobre su vida antes de su ascensión como demonio.



Vergil, apoyado en el marco de la puerta, observando la conversación con una mezcla de curiosidad y sospecha, arqueó una ceja. Dio un paso adelante, cruzándose de brazos. "¿Borrar mi existencia? ¿Y por qué, exactamente, crees que es necesario?"

Zafiro giró la cabeza hacia él, con una mirada penetrante. "¿De verdad necesitas preguntar? Otras facciones ya te vigilan. El mismísimo Azazel te buscó. Pero no solo tú estás en peligro... cualquiera relacionado con tu vida anterior también. Te estoy protegiendo, idiota."

Vergil se detuvo un momento; el peso de sus palabras resonó en su mente. Zafiro no necesitó dar más detalles. Sabía exactamente a quién se refería: a su madre.



"Tu preocupación tiene sentido, lo admito", respondió Vergil, con la voz más tranquila, pero aún con un tono frío. "Pero eso no resuelve el problema de quién puede hacer esto. No cualquiera puede borrar información como esa".

Viviane, que había permanecido en silencio hasta ahora, dio un paso al frente. Su postura seguía siendo impecable, pero su expresión se tiñó de una sutil reticencia. «Hay alguien. Una bruja. Pero no cualquier bruja. Estamos hablando de Morgana Le Fay».

El nombre hizo que Zafiro apartara la mirada brevemente, como si reflexionara sobre algo, pero Vergil permaneció impassible. Solo ladeó la cabeza ligeramente; sus ojos azules brillaban de curiosidad. "¿Morgana Le Fay? ¿La Morgana Le Fay?"

«Cada día me encuentro con más personajes mitológicos... Estoy empezando a sentirme un poco nervioso», pensó Vergil.

Viviane suspiró, ajustándose el brillante collar. «Igual. Es una de las brujas más antiguas y hábiles que aún viven. Una superviviente de Camelot, una estratega nata y alguien que... no trabaja gratis. Pero es la única capaz de realizar esta tarea a la perfección».

"Perfecto", dijo Vergil encogiéndose de hombros, como si el nombre legendario no significara nada. "¿Y dónde la encuentro?"

—No es tan sencillo —respondió Viviane, con un tono cada vez más cauteloso—. Morgana no confía en nadie. Vive aislada, pero es conocida por frecuentar cierto bar en el mundo humano, un refugio para lo sobrenatural. Si quieres encontrarla, tendrás que convencerla, y eso no será fácil.

Vergil soltó una risa seca, ajustándose el cuello de la chaqueta. "¿Convencer a una leyenda solitaria? Parece un martes cualquiera."





Viviane lo interrumpió, con los ojos llenos de preocupación, algo inusual en ella. «Vergil, no subestimes a Morgana. Es tan traicionera como poderosa. Si haces un movimiento en falso, no dudará en reducirte a cenizas».

Él sostuvo su mirada, con una fría sonrisa en sus labios. "Entonces será como todas las demás que he conocido hasta ahora."

Viviane lo miró con los ojos entrecerrados. «Cuidado con tu arrogancia, Lucifer. Morgana no es una oponente cualquiera».

Vergil simplemente rió entre dientes otra vez, saliendo de la habitación con las manos en los bolsillos. "No me preocupa. La encontraré y conseguiré lo que necesitamos. Cuida la mansión mientras estoy fuera".

Antes de que Vergil pudiera irse, Viviane le agarró la manga de la camisa. «Si no acepta el dinero, dile que te envío yo. Si no me ha olvidado, te ayudará... Ah, y ten cuidado. La última vez que la vi, estaba con un grupo de hombres lobo, y uno de ellos solía afirmar que era suya... aunque ella siempre lo negaba».



"Entendido. Nos vemos pronto", respondió Vergil antes de salir.

[Tiempo presente]

Vergil avanzó, despreocupado, con movimientos calculados y elegantes, como si supiera exactamente lo que hacía. "A ver si lo adivino", dijo en voz baja pero cortante como una cuchilla. "¿Crees que es tuya y solo intentas proteger lo que reclamas como tuyo?" Sonrió con sorna, con la burla flotando en el aire.



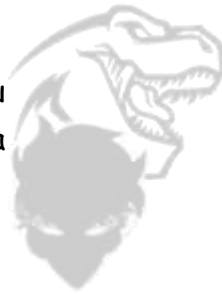
El hombre lobo se acercó un paso más, chasqueando las garras mientras la tensión recorría su cuerpo. "Hablas demasiado, demonio. No importa quién seas. Aquí, tú no mandas."

Antes de que el hombre lobo pudiera hacer otro movimiento, Vergil levantó una mano. Un crujido agudo resonó por la habitación mientras una ola de energía demoníaca latía desde el suelo a su alrededor.

Todo el bar pareció temblar y las charlas y las risas se silenciaron instantáneamente.

Las criaturas que habían estado observando casualmente ahora retrocedieron, reconociendo el gran poder que irradiaba Vergil.

Los ojos del hombre lobo se abrieron de par en par por un instante, pero su terco orgullo se negó a rendirse. Con un rugido furioso, se abalanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.



Vergil no se movió hasta el último segundo. Entonces, con un solo movimiento, esquivó el ataque y agarró al hombre lobo por el cuello. La facilidad con la que lo hizo dejó a todos en la habitación conteniendo la respiración. "No necesito demostrarte nada", murmuró Vergil con voz fría y llena de desdén.

Levantó al hombre lobo del suelo con una mano y apretó lo justo para hacerle gruñir de dolor. La sonrisa de Morgana se ensanchó, con la barbilla apoyada en la mano mientras observaba la escena con evidente diversión.

—Vergil —dijo Morgana por fin, con una voz dulce como el veneno—. Si sigues así, acabarás destrozando mi bar favorito. ¿No sería una tragedia?



Vergil giró ligeramente la cabeza hacia Morgana, que aún sujetaba al hombre lobo. "Solo le estoy enseñando su lugar. Pero, para ti..." Soltó al hombre lobo, quien se desplomó en el suelo, tosiendo y jadeando.

—Tienes suerte de que esté de buen humor hoy —le susurró Vergil al hombre lobo antes de volver a centrarse en Morgana—. ¿Dónde estábamos?

Morgana soltó una breve carcajada, visiblemente complacida con el espectáculo. «Intentabas convencerme de que te ayudara, ¿verdad? Bueno, creo que has captado mi atención». Se encogió de hombros, con un tono divertido. «Después de todo, no todos los días veo a alguien callar a un hombre lobo furioso sin despeinarse».

Vergil permaneció en silencio, ajustándose las solapas de la chaqueta con indiferencia, aunque sus pensamientos eran tan agudos como siempre. ¿Protegiéndolo, ¿eh? Qué patético. El desdén brilló brevemente en sus ojos gélidos.



Pero el momento de calma fue interrumpido por un rugido furioso.

"¡Bastardo!" gritó el hombre lobo, lanzándose hacia adelante con todas sus fuerzas, con sus garras apuntando directamente a la cara de Vergil.

El ataque, sin embargo, se detuvo antes de acercarse siquiera. Una barrera palpitante de energía demoníaca carmesí estalló alrededor de Vergil, bloqueando las garras sin esfuerzo. El impacto reverberó en el aire, obligando al hombre lobo a tambalearse hacia atrás, sorprendido, con los ojos abiertos de par en par por la incredulidad.

Vergil alzó la vista lentamente, su mirada gélida rebosaba desprecio. Su voz cortó el silencio como una navaja: «Intentaba protegerte, perro pulgoso».



Sin dudar, Vergil dio un paso adelante. Extendió la mano, agarrando el brazo del hombre lobo con fuerza implacable. La energía demoníaca a su alrededor se intensificó, zumbando como si el aire estuviera a punto de desgarrarse. El hombre lobo forcejeó, pero fue inútil.

—No sabes la diferencia entre el coraje y la estupidez, ¿verdad? —murmuró Vergil, con voz baja pero cargada de amenaza.

Y luego empezó.

Con un movimiento metódico y despiadado, Vergil chasqueó el dedo índice del hombre lobo. Un crujido agudo resonó por la habitación, seguido del grito agonizante del hombre lobo. No se detuvo. Uno a uno, Vergil le rompió los dedos, como si desmantelara un juguete roto. Cada chasquido estaba interrumpido por un gemido de dolor y la creciente tensión en el aire.

La multitud observaba en un silencio atónito. Incluso los clientes más aguerridos del bar sobrenatural parecían inquietos, intercambiando miradas cautelosas.

Morgana, sin embargo, permaneció inmóvil. Sus ojos brillaban con una mezcla de fascinación y cautela, como si estuviera poniendo a prueba los límites de Vergil.

Cuando el último dedo estuvo roto, Vergil finalmente lo soltó, dejando que el hombre lobo se desplomara en el suelo con un golpe sordo. Miró al adversario derrotado, quien gimió y se aferró la mano destrozada.

"Considera esto una lección", dijo Vergil, sacudiéndose una mota de polvo imaginaria de la chaqueta. Luego volvió la mirada hacia Morgana, como si nada hubiera pasado. "Ahora que ya terminé de enseñarte modales, ¿dónde estábamos?"

